

# De la ciudad universitaria al campus de universidad. Estudio de una evolución: tres épocas, tres escalas, tres modelos

## From the university city to the university campus. The study of an evolution: three times, three scales, and three models

Recibido: 29 de abril de 2013. Aprobado: 29 de agosto de 2013

Joaquín Arnau Amo

✉jarnaua@gmail.com

Arquitecto y Doctor en Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid. Director de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura (1978-1981 y 1983-1985) y Catedrático de Composición Arquitectónica, Universidad Politécnica de Valencia.

María Elia Gutiérrez Mozo

✉eliagmozo@ua.es

Arquitecta, Universidad de Navarra; Doctora en Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid. Profesora Contratada Doctora de Composición Arquitectónica, Universidad de Alicante. Directora del Secretariado de Desarrollo de Campus del Vicerrectorado de Campus y Sostenibilidad, Universidad de Alicante.

Raquel Pérez del Hoyo

✉perezdelhoyo@ua.es

Arquitecta, Universidad Politécnica de Valencia; Doctora en Arquitectura, Universidad de Alicante. Profesora Ayudante Doctora de Urbanística y Ordenación del Territorio, Universidad de Alicante.

### Resumen

El artículo es una descripción breve y un análisis diacrónico de tres modelos sucesivos de inserción de la universidad en el territorio de la ciudad. Se toman como referencia los casos de Madrid, Valencia y Alicante, cuyos orígenes se remontan a épocas diferentes y suceden bajo regímenes políticos diversos. En ellos se hace hincapié en la ubicación de las respectivas escuelas de arquitectura y sus implicaciones, con objeto de abarcar sus tres niveles: el del edificio, el de su entorno inmediato y el de la ciudad a la que pertenece.

**Palabras clave:** universidad, ciudad, arquitectura, campus, Madrid, Valencia, Alicante.

### Abstract

This article is both a brief description and a diachronic analysis of three successive models of the university's inclusion into the city. The study makes reference to the universities in Madrid, Valencia, and Alicante, cities whose origins date back to different times and arose from diverse political regimes. In these three cases emphasis is placed on the location of the respective schools of architecture and the relevant implications. The purpose is to attempt to refer to the each university's three dimensions: the building, the immediate surroundings, and the city to which it belongs.

**Key words:** university, city, architecture, campus, Madrid, Valencia, Alicante.

## Campo y ciudad: el campus universitario

Se cuenta que un labrador, de camino a su campo de buena mañana, se encontró a Miguel de Unamuno, sentado en la puerta de su casa, con los brazos cruzados y los párpados entornados, y lo saludó: “Buenos días, don Miguel. ¿Descansando?”. Y él le replicó: “No. Trabajando”. Cuando al atardecer el labrador volvía del campo, de nuevo halló a Unamuno, pero esta vez cavando su huerto, y lo saludó: “Buenas tardes, don Miguel. ¿Trabajando?”. Y él le replicó: “No. Descansando”. Más allá de la paradoja que suscita la anécdota, parece obvio que el trabajo de la mente humana, en contraste con la labor física, se caracteriza por cierta ambigüedad y que, en cualquier caso, su ejercicio no está a la vista.

Por esa peculiar incertidumbre que atañe a las actividades del espíritu, su ubicación en el marco de las civilizaciones urbanas no está determinada de antemano. Si la universidad es un lugar para la transmisión del conocimiento ¿cuál es el territorio que, en el planeamiento urbano, le corresponde?

En nuestra civilización occidental, universidad y ciudad emergen a la par. Secularizado el saber y emancipado de los antiguos *scriptoria*, sabemos que algunas ciudades de regular tamaño se configuran como *ciudades-universidad*. Unas subsistirán como tales. Otras, sin embargo (París, por ejemplo), cambiarán de modelo con su crecimiento y deberán acomodar a este sus universidades. Ello ocurre, sobre todo, cuando, como es el caso, la capitalidad desplaza a la universidad, pero no la descarta. Por otra parte, la secularización de la enseñanza no implica el que determinadas órdenes religiosas hayan desistido de gobernar sus propias universidades, insertándolas en el tejido urbano.

Nuestra investigación parte del siglo XX, cuando la ciudad había conocido ya las consecuencias del progreso industrial (y de su revolución) y adquirido el estatus de ciudad moderna. Es la época que Banham llama *the first machine age* y el momento de las primeras vanguardias y sus utopías, de la *città futurista* y la *cit  industrielle*.

Nótese que el impacto industrial ha sido, probablemente, si no el inductor del controvertido *zoning* (un dogma urbanístico vituperado luego y solo relativamente descartado en la actualidad), sí al menos uno de sus argumentos más convincentes. Que el espacio de la industria debe ser *zonificado* parece un postulado de sentido común. Que el espacio del saber, en cambio, deba serlo, es más que dudoso. De ahí que, a lo largo de siglos, los centros universitarios se hayan alojado en el centro mismo de las ciudades, sumándose a la anarquía que les es propia y dando vida a monumentos del pasado histórico, de cuyo abolengo se invisten y a cuya conservación contribuyen. Y ello con un espíritu ecléctico para el que cualquier acomodo es aceptable.

El caso de Madrid es uno de tantos que ilustran este proceder al margen del planeamiento. Su primitiva Escuela de Arquitectura se ubicaba (segunda mitad del XIX) en la calle de los Estudios, afluente a la de Toledo, al sur de la Plaza Mayor y no lejos de la catedral de San Isidro, en pleno Madrid de los Austrias. Otros centros universitarios más antiguos se hallaban en los barrios de Noviciado o Atocha. Es decir, cuando la universidad no se apoderaba de la ciudad entera, como en los casos de Salamanca o Alcalá, la salpicaba con sus centros y la consiguiente constelación de librerías y hospedajes para estudiantes alrededor. Al no poder absorber a la que prometía ser una gran ciudad, se infiltraba en ella, donde no tardaba en hacerse un lugar propio. Era el tránsito de la *ciudad-universidad* a la *ciudad universitaria*, o sea, a la universidad como ciudad satélite, que es el punto de partida de este estudio. Ese tránsito, en el caso de la capital de España, se inicia a finales de los años veinte del siglo XX, cuando el rey Alfonso XIII, por decreto de 1927, firma la creación de su ciudad universitaria sobre terrenos de la Moncloa, cedidos a tal efecto por el Real Patrimonio.

Los casos que hemos elegido para este estudio responden a: 1) el propósito de caracterizar tres épocas con sus ideales propios, intelectuales y políticos, tanto en el modo de concebir la Universidad como en sus estrategias de planeamiento urbano; 2) la voluntad de contrastar, en las respectivas ciudades de apoyo, parámetros geográficos de muy diferente dimensión, y 3) el hecho de hallarse los arquitectos autores de este estudio directamente implicados en los ámbitos académicos que se describen, con conocimiento inmediato y cotidiano de sus cualidades y circunstancias, favorables y desfavorables.

1 AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*.

## La ciudad universitaria de Madrid<sup>1</sup>

La ciudad universitaria de Madrid nace por iniciativa de la monarquía en decadencia del penúltimo Borbón. Se sostiene luego, con austeridades de fondo y forma, durante la efímera Segunda República. Y tras la guerra civil, que prácticamente arrasa sus instalaciones, es reasumida (habiéndose descartado la opción de su traslado a Alcalá) no sin muchas reservas y como un mal menor, por el régimen de los vencedores que la dictadura prolongará a lo largo de más de tres décadas (fig. 1).

La controversia, por otra parte, ha estado presente desde los orígenes del proyecto. “Si Madrid fuese un pueblo artista” (había dicho el presidente de la República Manuel Azaña, que veía en la ciudad universitaria *el horror de la urbanización*) “no se hubiera dejado quitar la Moncloa”. Y un arquitecto historiador como Torres Balbás la había reprobado por razones ecológicas.

Pero Franco, que ve en su rescate la ocasión para contrarrestar el nefasto recuerdo de un lugar del que la guerra había hecho un cementerio, se emplea a fondo en la inauguración a bombo y platillo de la ciudad universitaria restaurada, o en vías de serlo, con un desfile triunfal jalonado de arquitecturas efímeras, el 12 de octubre de 1943.



Figura 1. Ciudad universitaria de Madrid. Fuente: imagen tratada de <http://maps.google.es/>

Ahora bien, que de tales vaivenes no saliera definitivamente maltrecha, se debe en gran medida a la permanencia, al frente de su proyecto y obras, del arquitecto singular que fue Modesto López Otero (1885-1962), quien, aparte de su capacidad de adaptación a las circunstancias políticas, mantuvo su sólida defensa de unos estrictos criterios profesionales.

Desde el primer momento, López Otero se rodea de un equipo (Sánchez Arcas, Lacasa, Aguirre, de los Santos, el joven ingeniero Torroja) altamente competente. Con los cambios sucesivos, cambia la Junta de Obras (política), pero no el equipo técnico, pese a que, tras el desastre de la guerra, se imponía prácticamente volver a empezar de cero.

Así, lo sustancial de la idea de origen prospera contra viento y marea: de estilos artísticos y de consignas políticas. Si en la época de la monarquía había dominado un academicismo ecléctico con ligeros toques de *sezession* vienesa (fig. 2), a los que la República impuso luego austeridad racionalista (fig. 3), y el régimen de Franco la condecora con aires castizos (fig. 4), subsiste un núcleo duro que subyace a todos ellos (lo que los alemanes llaman *sachlichkeit* u objetividad) y al que los arquitectos aceptan someterse de buen grado, sobre la base de un planeamiento riguroso y convenido.

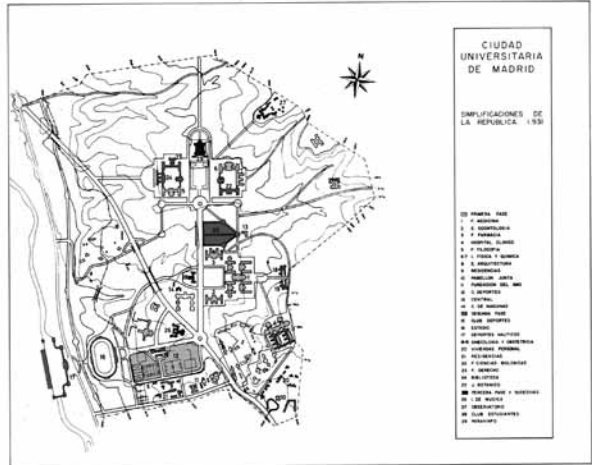
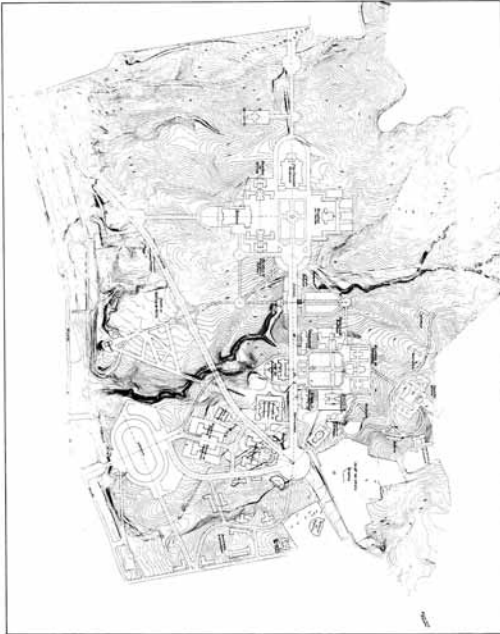


Figura 2. Ciudad universitaria de Madrid, 1929. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 171  
 Figura 3. Ciudad universitaria de Madrid, 1931. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 173



Figura 4. Ciudad universitaria de Madrid, 1943. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 179

La ácida crítica de algunos, como Luis Lacasa, que ve en el proyecto de ciudad universitaria el “Versalles de un nuevo Rey Sol”, no impide que la idea de *universidad-parque*, a semejanza del modelo de Berkeley, vaya adelante. Y de nuevo procede que nos preguntemos por el *fundamento teórico* del lugar que conviene al saber: ¿ciudad o campo? Para el campesino, el campo es su lugar de trabajo, y la ciudad, el de su esparcimiento. Para el ciudadano, por el contrario, el centro del trabajo se halla en la ciudad, por lo que concibe el campo como lugar de descanso. Pues bien: parece que el trabajo intelectual oscila entre ambos polos.

De ahí la adopción del término *campus* (anglicismo de origen latino) al que escapa por su veteranía la ciudad universitaria de Madrid, creada como ciudad satélite de la gran ciudad, pero que se aplica sucesivamente a los nuevos lugares donde asientan estudios universitarios, como son los casos de Alicante y Valencia, de los que tratamos más adelante.

La alusión a esta condición *fronteriza*, rural-urbana, viene a confirmar la lógica inicial que determina la ubicación de la ciudad universitaria madrileña. Condición fronteriza que el horror de la guerra hizo palpable convirtiéndola en *frente*, y que la dictadura tolera, pero no repite (la nueva *universidad autónoma* se emplazará en Canto Blanco, un *cul de sac*).

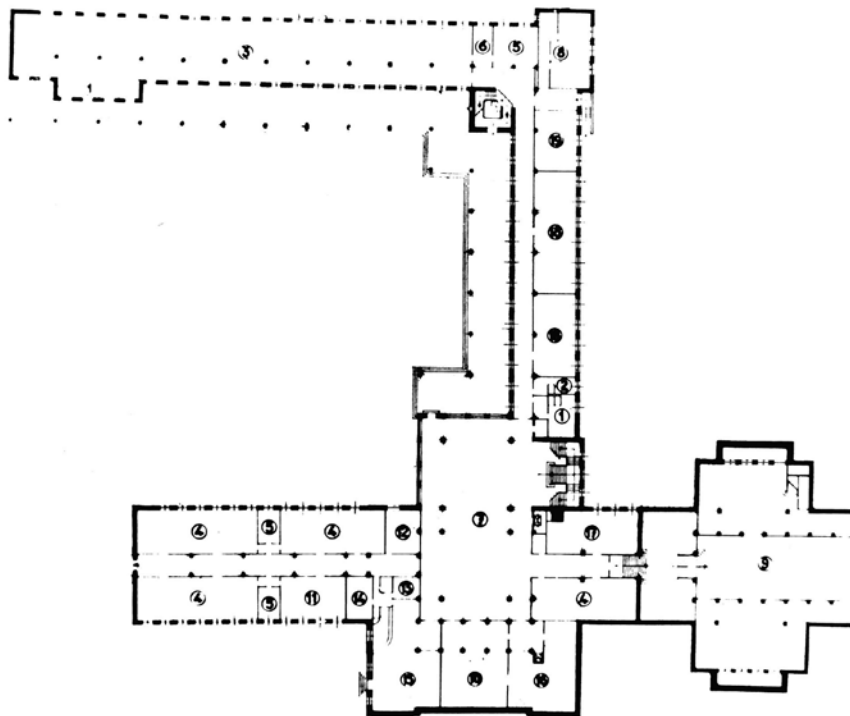


Figura 5. Planta de la Escuela de Arquitectura. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 134





Figura 6. Vista de la fachada principal de la Escuela de Arquitectura. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 121

Pues bien: si la ciudad universitaria se halló (ya no) en la frontera de la ciudad de Madrid, la Escuela de Arquitectura se hallaba (y aún se halla) en la frontera de la ciudad universitaria. Una situación de privilegio que no carece de sentido. No supeditada al gran eje rector del planeamiento que gobierna el mapa universitario, la red viaria que hoy lo ha tergiversado no la afecta. Y así permanece en su propia *isla*, conservando con dignidad su nobleza, con un aire intemporal que la honra. Es curioso que, hallándose en primera línea de asfalto, fuera este uno de los edificios menos dañados y más fácilmente recuperados (figs. 5 y 6). Obra de Pascual Bravo, ejemplar en su elegante línea Bauhaus con guiños discretos a la tradición de *Beaux Arts*, bastó con acomodarle un revestimiento nuevo en piedra caliza a la fábrica original de ladrillo visto para ocultar sus deterioros.

Pero tal vez el emblema de la ciudad universitaria madrileña se halla en el Arco de Triunfo de la Moncloa, obra de Modesto López Otero y Pascual Bravo (figs. 7 y 8), erigido en 1956 como hito que marca el comienzo de la vía triunfal que el dictador había pronosticado en su desfile de 1943. El paraninfo, final de trayecto, permanece como sueño del arquitecto, plasmado en al menos cinco proyectos concebidos y ninguno realizado. La documentación conservada al respecto traduce al pie de la letra la notable versatilidad que mantuvo a su autor al frente de esta odisea sin desenlace. Y dice no poco de las oscilaciones del gusto dominante: modernismo vienés en la época de la monarquía, una visión ilustrada para la República y no menos de tres propuestas para convencer, en vano, a la dictadura (la primera de sabor goyesco, la segunda en el registro nazi de Speer y la última pragmática y multituoso) (fig. 9).

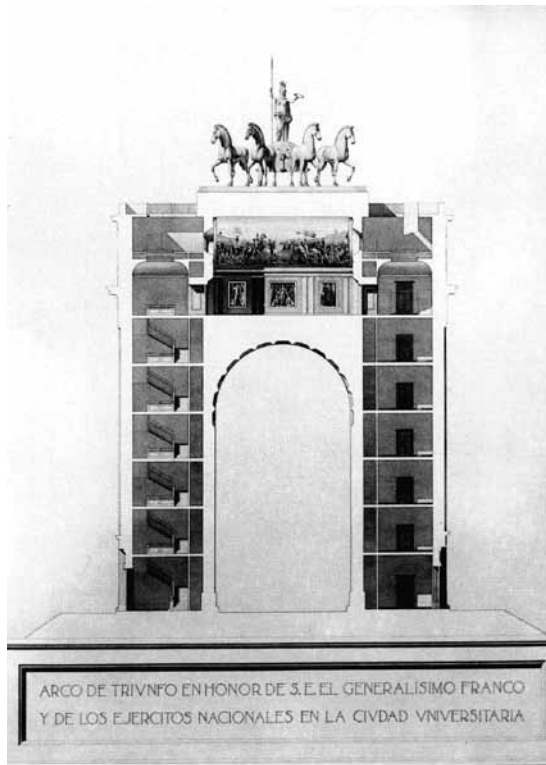


Figura 7. Sección arco de triunfo. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 66

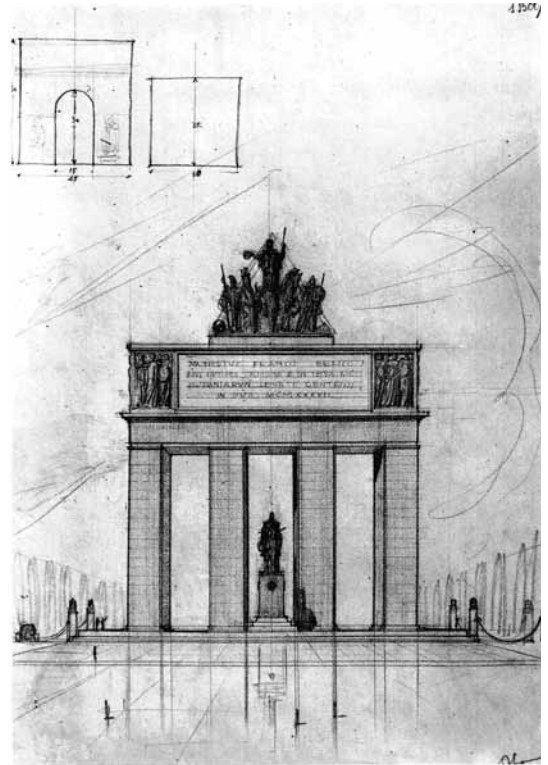


Figura 8. Alzado arco de triunfo. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 67



Figura 9. Sección Paraninfo y Rectorado. Fuente: AA. VV., *La ciudad universitaria de Madrid*, 23



Pero la ciudad universitaria de Madrid nunca llegó a materializar ese punto final. No hay parainfo: la monarquía no llegó a tiempo para darle forma, la República lo desestimó como un protocolo superfluo y la dictadura prefirió atender otras instancias. Y así ha permanecido como ciudad abierta, signo elocuente de los interrogantes que todo conocimiento suscita.

Lástima que, en contrapartida, más y no mejores edificios han venido a sumarse a los muy dignos de su primera juventud, obras de notables arquitectos (Fisac, García de Paredes, La Hoz, Higuera, de la Sota, Fernández Alba...), saturando y desnaturalizando la idea originaria de la ciudad-parque, lo que no obsta para que algo quede de su inicial propósito *versallesco*.

## El campus de Vera de la Universidad Politécnica de Valencia

El campus de Vera, sede de la Universidad Politécnica de Valencia, responde a un proyecto de los últimos lustros (final de los años sesenta) de la Dictadura, destinado a reunir en un solo cuerpo institucional el conjunto de las enseñanzas técnicas, superiores y medias (fig. 10).

En 1968, Villar Palasí, ministro de Franco, encomienda a Rafael Couchoud, ingeniero de caminos, la instauración del Instituto Politécnico Superior (el que más tarde se convierte en Universidad Politécnica) que sienta las bases de una enseñanza común a todas las disciplinas técnicas. En esa fecha, la ciudad cuenta con dos escuelas superiores: la de Ingenieros Agrónomos, consolidada, y la de Arquitectura, recién fundada (1966) y todavía dependiente de la de Barcelona (es la cuarta en España, tras la de Sevilla), que ha sido provisionalmente alojada en



Figura 10. Campus de Vera de la Universidad Politécnica de Valencia. Fuente: imagen tratada de <http://maps.google.es/>

el Palacio Municipal neogótico diseñado por Francisco Mora Berenguer para la exposición de 1909-1910. Para la puesta en marcha del nuevo politécnico a las dos escuelas dichas se suman otras dos de nueva creación: la de Ingenieros de Caminos y la de Ingenieros Industriales.

El traslado de la incipiente Escuela de Arquitectura, desde su primera y romántica sede urbana, junto al Paseo de la Alameda, a la nueva y moderna, suburbana, en las inmediaciones del Camino de Vera, cuyo nombre hace suyo el nuevo campus, supone para ella un radical cambio de sentido y estructura, con la consiguiente, aunque ocasional, pérdida de identidad.

Como primera providencia, el Politécnico se instala en un único edificio prefabricado, de una sola planta y amplio desarrollo horizontal, sobre terrenos de huerta, a los que se afínca con un sistema de pilotaje importante (raíces profundas para un mínimo vuelo).

En ese embrión de Universidad Politécnica se cumple al pie de la letra el ideario de una base común, científica y técnica, en cuyo organigrama se subsumen las cuatro escuelas implicadas, al margen de sus diferencias de edad y contenidos. Una fábrica modulada y homogénea para una enseñanza asimismo modulada (semestral) y homogénea (es más: común) (fig. 11). Es la época en que las Obras Públicas y el ministerio que las sustenta gozan de todos los parabienes del gobierno y pueden permitirse gestos de autoridad y generosidad compensadas. En ese entorno, la arquitectura se entiende como anomalía que la prudencia recomienda consentir.

Pero el sistema politécnico radical de sede única se diversifica tan pronto como las cuatro escuelas de origen se trasladan a las nuevas instalaciones, desplazadas en dirección al mar y que, si bien han sido



Figura 11. Campus de Vera de la Universidad Politécnica de Valencia. Fuente: imagen tratada de <http://www.upv.es/>

concebidas para hacer prevalecer el sistema, dividiendo el espacio por *funciones* y no por *centros*, estos resuelven emanciparse de él y campar cada uno por sus propios respetos. Y así se da el flagrante contrasentido de que el nuevo edificio, concebido para una estructura *departamental* sin escuelas (salvo en lo que atañe a los títulos), con sus aulas teóricas y gráficas, sus laboratorios y sus talleres, acaba en un reparto (como un tablero de parchís) para cuatro escuelas, cada una con su color.

Un color, sin embargo, al que la arquitectura en modo alguno hace honor, pues ninguna seña, salvo sus respectivos rótulos, identifica la parte del inmueble que corresponde a cada una de las cuatro instituciones, que han pasado a pertenecer a una universidad (ya no instituto) en un edificio común articulado en tres niveles, de nuevo prefabricado (en sus piezas, no en su fábrica), pero cuyo funcionamiento niega, uno por uno, sus propósitos funcionales de proyecto conjunto. Ni los sistemas de accesos y circulaciones (innumerables aquellos y generosas estas), ni la dimensión y disposición de los espacios, responde a los usos reales del sistema docente. Solo la racionalidad del planteamiento global salva el que, a pesar de tantos despropósitos, esta fábrica anodina haya acabado siendo razonablemente aprovechada.

Sin haber sido concebida como un *contenedor*, sus usos la han legitimado como tal. Quiso ser *formalmente* moderna y ha llegado a ser, de hecho, *informalmente* posmoderna. De ahí que no nos sorprenda el que reformas recientes de su arquitectura, con sus resabios de estilo (en el sector particular que corresponde a Arquitectura), hayan sido recibidas con benevolencia, o al menos sin alarma. En algo había de ser diferente y, aunque poco, lo es finalmente (fig. 12).

En resumen: la Escuela de Arquitectura de Valencia, inserta en el Campus de Vera de su Universidad Politécnica, nunca ha poseído, ni posee, en rigor una sede propia que la identifique, ni mucho menos la revista de un cierto carácter emblemático (fig. 13).



Figura 12. Planta de la Escuela de Arquitectura. Fuente: imagen tratada de <http://www.upv.es/>



Figura 13. Vista de la Universidad Politécnica de Valencia. Fuente: imagen de los autores

Recluida en su cuartel es una pieza más de una trama que, en las sucesivas fases de su desarrollo, ha crecido en dirección este y que, como el Paseo al Mar que a mediados del siglo XX fue eje de un embrión de ciudad universitaria ahora descartado, tropieza por el momento con el frente, y esperemos que no lo salte, de los poblados marítimos de la ciudad.

El Campus de Vera, en todo caso, no es la ciudad satélite que medio siglo antes supuso para Madrid un ideal de crecimiento y modernización. Desde su mismo origen en el ocaso de la dictadura, se concibe como alternativa que responda a un desglose de áreas de conocimiento. Es con toda propiedad un campus, en el sentido de *segregación* de contenidos que se supone afines entre sí, que prioriza las semejanzas sobre las diferencias. No obstante, la idea inicial de un todo ha quedado desdibujada en su desarrollo, más bien disperso y variopinto.

Permanece, eso sí, la soberana presencia del *edificio-puente*, que enmarca su entrada natural del lado oeste, tangente a la autopista de Barcelona, y proclama la posición dominante de su rectorado, posición que le viene de sus orígenes y que contrasta con el antiguo Pabellón de Gobierno, apenas visible de puro discreto, en la ciudad universitaria de Madrid.

Cuando, en la época de la *transición* y de puesta en marcha del *estado de las autonomías*, siendo todavía joven pero consolidada la Universidad Politécnica de Valencia, se promulgó la llamada Ley de Autonomía Universitaria, el poder político propició el que se confundiera la autonomía de la universidad con la universidad de la autonomía y supeditada a ella. Las consecuencias de aquella confusión no desinteresada han determinado el que la crisis que hoy atraviesa el país se haya dejado sentir en ella con particular perjuicio.

## El campus de la Universidad de Alicante<sup>2</sup>

A diferencia de la ciudad satélite que fue la *Ciudad Universitaria* de Madrid y del *Campus de Vera* en el que se inscribe la Universidad Politécnica de Valencia, ambas situadas en la periferia de sus respectivas capitales, la Universidad de Alicante se establece, a partir de la penúltima década del siglo XX (1979), en el término municipal de San Vicente, vecino a la capital, pero separado de ella. Su inserción urbana, por tanto, se lleva a cabo al margen de la ciudad y aneja a una localidad menor. De ello derivan algunas consecuencias relevantes (fig. 14).



Figura 14. Campus de la Universidad de Alicante. Fuente: imagen tratada de <http://maps.google.es/>

La primera es la emancipación de la condición de ciudad satélite. El campus universitario de San Vicente no se supedita (ni favorece) al crecimiento de la grande o mediana ciudad, sino se instaura como *núcleo independiente*, sin que haya pie forzado, en principio, para su dilatación y crecimiento. En lugar de depender de la gran ciudad, la pequeña ciudad depende de él.

3 *Ibid.*, 17-26.

De ahí que se constituya como un recinto (aprovechando terrenos de un campo de aviación militar,<sup>3</sup> cuya memoria no oculta), de baja o muy baja densidad, capaz, hasta cierto límite, de un razonable crecimiento interior, sin desvirtuar la cantidad y calidad de sus espacios abiertos, lo cual la hace amable y habitable y, sobre todo, útil para el trabajo reposado al que nos referíamos evocando las paradojas unamunianas. No es frontera, como en los otros casos, entre la ciudad y el campo, sino campo y ciudad, campus genuino, todo en uno (fig. 15).

Que la idea del recinto está conscientemente asumida lo muestra el que su ampliación no contempla *ensanche*, ni menos aumento de densidad, sino una saludable *duplicación* del lado de poniente. Si lo construido ha encontrado su equilibrio ideal, no amenacemos su buen





Figura 15. Campus de la Universidad de Alicante. Fuente: Martí Ciriquián y Oliver Ramírez, *Campus Universidad de Alicante*, 23

estado, hagamos algo semejante y repitamos el juego que se ha demostrado eficaz. Es curioso que cuando el *espíritu de Bolonia* se cierne sobre los planes de estudios universitarios, a la idea de ciudad-universidad, de la que fue hace siglos modelo la ciudad italiana, se le haya dado la vuelta, como universidad-ciudad, en el campus de San Vicente.

En él, arquitecturas notables en un porcentaje muy superior al de cualquier otro territorio urbano, dan cuenta cabal de cada una de sus más de tres décadas vividas. Los años ochenta se delatan en posmodernidades muy de su momento, que evocan retóricas del pasado pero, de paso y a cambio, ahuyentan todo propósito mezquino. Los años noventa se manifiestan luego como la *década prodigiosa* que dio cita a obras de los mejores arquitectos en activo. Y el nuevo siglo no permite que a ese respecto se baje el listón de la calidad media adquirida.

Mención especial merece, a nuestro juicio, por su condición emblemática en el campus, el edificio del Rectorado, obra de Álvaro Siza (fig. 16), cuyo mérito principal quizá sea el de no parecerlo, o el de compaginar su protocolo de representación con algún que otro rasgo de deliciosa ironía. Es singular sin alarde y sobrio en su rotundidad no solemne.



Figura 16. Rectorado de la Universidad de Alicante. Fuente: Martí Ciriquián y Oliver Ramírez, *Campus Universidad de Alicante*, 83

En la Universidad de Alicante, por otra parte, la arquitectura es un título que se inscribe entre los que imparte la correspondiente Escuela Politécnica Superior, en cuya sede IV se aloja. No hay, por consiguiente, Escuela de Arquitectura, ni como *todo* (Madrid) ni como *parte* (Valencia). Hay un edificio poco amable que, en su modernidad radical, sin espacios de tránsito entre el abrigo y la intemperie, y en sus juegos de masas, lleva sin concesiones la disciplina de la forma al borde del rigor penitenciario (figs. 17 y 18).

En el campus de San Vicente, más allá de sus aciertos y posibles errores, los beneficios de la democracia en curso se aperciben a primera vista: en su orden sin jerarquía abusiva y en una relativa (sin abundancia de recursos tiene que serlo) autonomía que se agradece.



Figura 17. Escuela de Arquitectura (Politécnica IV). Fuente: Martí Ciriquián y Oliver Ramírez, *Campus Universidad de Alicante*, 111

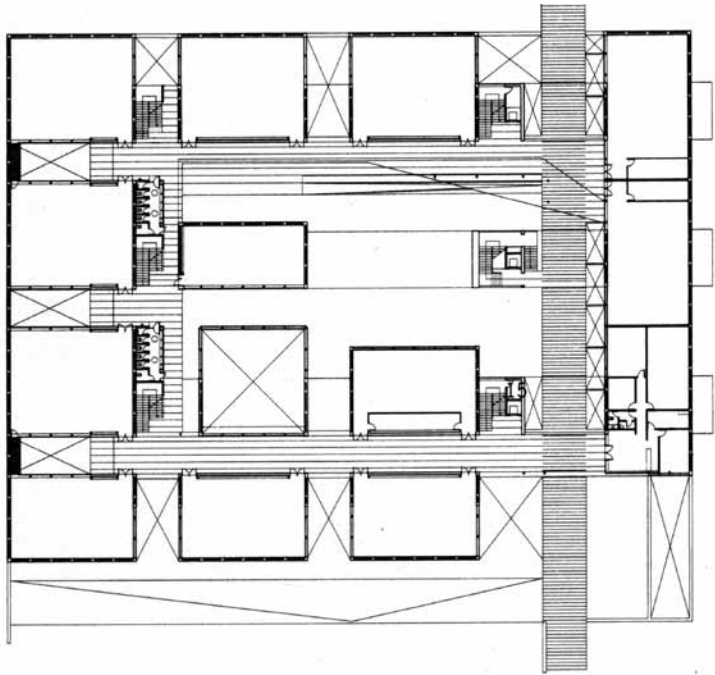


Figura 18. Planta de la Escuela de Arquitectura. Fuente: imagen tratada de revista *VIA Arquitectura*, no. 8 (2000): 66

## Consideraciones finales

Habiendo verificado el tránsito de la ciudad universitaria al campus de universidad a través de tres casos escalonados en el tiempo, anotamos las siguientes consideraciones finales.

En el trazado de la ciudad universitaria de Madrid, aun siendo octogonal, no se ha borrado del todo la huella de su instauración *monárquica* y en cierto sentido (recuérdese la crítica de Luis Lacasa) *versallesca*. Su modelo es *aristocrático*. Su breve capítulo republicano, anulado por la Guerra Civil, da paso al emblema de la dictadura, que es su *arco de triunfo*. Y la ausencia notoria de su paraninfo soñado muestra que su razón de ser ha pasado a la historia y que sus gestos bucólicos pertenecen a la utopía. En el campus de Vera, por el contrario, sede de la Universidad Politécnica de Valencia, que pronto cumplirá el medio siglo desde su implantación, resplandece aún el modelo tecnócrata, santo y seña de los últimos decenios de la dictadura. Este se traduce en el eje oeste-este, que rige su núcleo duro, alrededor del ágora, y que sigue vigente en su desarrollo ulterior, a pesar de lo disperso de sus nuevos pabellones. En el campus de San Vicente, finalmente, la Universidad de Alicante, nacida *demócrata* (1979), opta por un *recinto* acotado que crece, en principio, hacia dentro y prevé, antes que romperlo, su desdoblamiento. Sus ejes, elementales, no son determinantes y su carácter propio y ensimismado, lejos de la ciudad, la hace prescindir de una innecesaria portada principal.

Si en la Moncloa de Madrid el arco de triunfo sigue siendo un hito de la ciudad, el que fue su modesto Pabellón de Gobierno apenas se deja ver en sus inmediaciones. Muy al contrario de lo que sucede en la Politécnica de Valencia, cuyo Rectorado, en su edificio-puente, visible en primer plano desde el acceso a la ciudad por el norte, se erige en auténtica portada, si no por su carácter, sí por su volumen y situación. Otra es la posición, discreta y colateral con relación a uno de sus ejes, que el Rectorado de Siza adopta en San Vicente.

En cuanto a las respectivas escuelas de arquitectura, cabe decir que las diferencias, de más a menos, saltan a la vista. La de Madrid, modélica funcional y formalmente, nada ha perdido de su prestancia original, antes la ha acentuado por contraste con su vecindario. En Valencia, la de arquitectura es una escuela más entre las cuatro fundacionales, reconocible tan solo por los detalles postizos de sus reformas sucesivas. Y en Alicante, como se ha dicho, la enseñanza de la arquitectura es inquilina en una unidad politécnica cuya forma contradice la función. Noble en el primer caso, como corresponde a una ciudad, y anodina o ausente en los campus respectivos de los casos segundo y tercero.



## Bibliografía

AA. VV. *La ciudad universitaria de Madrid*. Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1988.

AA. VV. *Arquitectura moderna y contemporánea en la Comunitat Valenciana (1925-2005)*. Valencia: COACV y CIT-GV, 2009.

Campos Calvo-Sotelo, Pablo. *75 años de la ciudad universitaria de Madrid: memoria viva de un campus trascendental*. Madrid: Editorial Complutense, 2004.

Colomer Sendra, Vicente (dir.). *Registro de arquitectura siglo XX: comunidad valenciana*. 2 vols. Valencia: IVE, 2002.

Fernández de Sevilla Morales, Miguel. *La ciudad universitaria de Madrid: 80 años de historia*. Madrid: Edisofer, 2009.

Jaén i Urban, Gaspar (coord.). *Guía de arquitectura de la provincia de Alicante*. Alicante: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1999.

Martí Ciriquíán, Pablo y José Luis Oliver Ramírez (eds.). *Campus Universidad de Alicante: University of Alicante Campus*. Alicante: Universidad de Alicante, 2012.